

Ten en cuenta que...

Paz a vosotros...

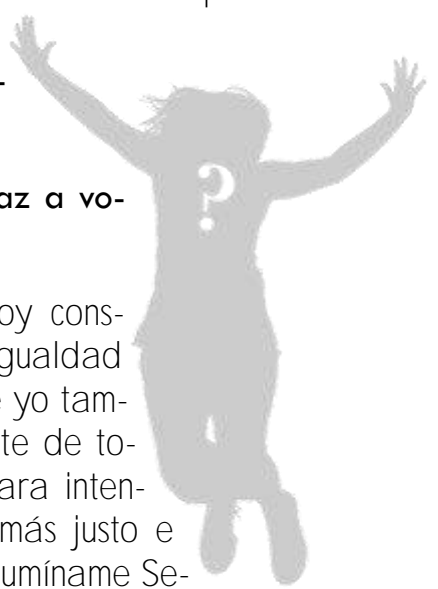
Hoy, que la paz parece que la hemos enterrado.

Precisamente hoy, que el mundo llora la guerra, el drama de familias enteras que se ven forzados a dejar su tierra y a lanzarse al mar con lo puesto, sabiendo que arriesgan su vida y la de sus hijos...

Hoy, que los que más tenemos miramos a otro lado y preferimos cerrar nuestras puertas y construir muros para no verles la cara a aquellos que hemos excluido del **“paraíso” que nos hemos construido.**

Hoy... vienes tú y nos dices: “Paz a vosotros”.

¿Cómo puedo hacer Señor? Soy consciente de la injusticia y la desigualdad que existe en el mundo. Sé que yo también soy cómplice en gran parte de todo ello, pero... ¿Cómo hago para intentar construir un mundo mejor, más justo e igualitario, un mundo de PAZ? Ilumíname Señor.



Jueves de la Octava

Dios nos cuenta

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Llenos de miedo, creían ver un fantasma. Él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad, soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos». Dicho esto, les mostró las manos y los pies.

[Lc 24, 35-48]



¿Qué me cuentas?

“A casi todo el mundo le obsesiona dejar huella en el mundo. Dejar un legado. Sobrevivir a la muerte. Todos queremos que nos recuerden. Yo también. Lo que más me preocupa es ser una olvidada víctima más de la antigua y poco gloriosa guerra contra la enfermedad.

Quiero dejar huella.

Las huellas que dejamos los hombres suelen ser cicatrices. Construyes un espantoso centro comercial, das un golpe o intentas ser una estrella del rock, y piensas: “Ahora me recordarán”, pero: a) no te recuerdan, y b) lo único que dejas tras de ti son más cicatrices. Tu golpe se convierte en una dictadura. Tu centro comercial se convierte en una herida.

Somos como una manada de perros meando en bocas de incendio. Envenenamos las aguas subterráneas, nos apoderamos de todo en un ridículo intento de sobrevivir a la muerte.

Hazel es diferente. Camina ligera sin tocar el suelo. Sabe la verdad: es tan probable que hagamos daño al universo como que lo ayudemos y seguramente no haremos ninguna de las dos cosas.

La gente dirá que es triste que deje una cicatriz menor...”

Augustus a Hazael, **“Bajo la misma estrella”**

Jueves de la Octava

¡Te cuento más!

Al acabar el libro y leer estas líneas, una es capaz de ver lo pequeños que somos ante la creación, cuán leve es nuestra existencia, pero como podemos influir en aquellos que nos acompañan en el camino de nuestras vidas.

La dura experiencia de los jóvenes de la historia me ha permitido descifrar el enigma de disfrutar de las pequeñas cosas. Dar gracias por estar, por compartir, por conocer.

Señor Jesús, Tú que te haces presente en los que me rodean déjame hacer cicatrices en ellos, cicatrices que hablen de ti, de tu amor. Dame la fuerza necesaria para dejar cicatrices en tu nombre como Tú las has dejado en mí.

*María José Zanón
Catequista de confirmación*

